

**METODOLOGÍA
Y
PRÁCTICA
DE LA
ANIMACIÓN
SOCIO CULTURAL**

EZEQUIEL ANDER-EGG



**Editorial
HUMANITAS**

Buenos Aires

FUNDADOR: ANIBAL VILLASVERDE

Capítulo 1

**APROXIMACIONES AL PROBLEMA DE LA
CULTURA, COMO RESPUESTA AL PROBLEMA DE
LA VIDA**

La vida es primeramente un conjunto de problemas esenciales a los que el hombre responde con un conjunto de soluciones: la cultura. Como son posibles muchos conjuntos de soluciones, quiere decirse que han existido y existen muchas culturas... la cultura no consiste en otra cosa que en hallar una ecuación con que resolvamos el problema de la vida.

José Ortega y Gasset

1. ¿QUÉ ENTENDEMOS POR CULTURA?

No se trata de recordar aquí que existen decenas y centenas de definiciones(*) acerca del contenido y significado del concepto de cultura. Tampoco necesitamos hacer disquisiciones sobre la amplia polisemia de este término, de uso tan variado y frecuente. Sin embargo, nos vemos obligados a realizar algunas precisiones preliminares por dos razones principalmente:

- para lograr un mejor entendimiento y comunicación con el lector, habida cuenta que el término tiene una centralidad indiscutible en relación con el tema o cuestión que nos ocupa en este libro, y

(*) Kroeber y Kluchhohn en 1951 hicieron una extensa recopilación crítica de los conceptos y definiciones de cultura, desde Pascal y Descartes hasta los autores contemporáneos. Transcribieron y comentaron más de 200 definiciones con el fin de caracterizar y precisar el sentido y alcance del término. *Culture: A critical Review of concepts and Definitions*, en *American Anthropologists* n.º 56. Después de ese trabajo y en los treinta años posteriores, el término cultura ha seguido siendo utilizado con una gran amplitud y pluralidad de sentidos, de modo que podría realizarse en nuestros días un estudio parecido y con resultados similares.

- porque, según la concepción que se tenga de la cultura, se derivan implicaciones políticas, pedagógicas y operativas muy diversas.

Parece ser que, hasta el siglo XV, la palabra cultura sólo se aplicó al trabajo de la tierra. El verbo latino «*colere*», del que deriva la palabra cultura, designa tanto el acto de «cultivar» la tierra (parentesco entre cultura y [agri]cultura), como el de «honrar», «rendir culto», «tributo», especialmente a los dioses.

Hecha esta advertencia en cuanto al origen del término, examinaremos tres concepciones principales acerca de la cultura, para estudiar después los diferentes sentidos con que se suele utilizar el término y sus formas y niveles de expresión.

En cuanto a las concepciones vamos a distinguir entre:

- la cultura como adquisición de un conjunto de saberes y como producto resultante de esa adquisición (cultura cultivada),
- la cultura como estilo de ser, de hacer y de pensar y como conjunto de obras e instituciones (cultura cultural),
- la cultura como creación de un destino personal y colectivo (cultura constructiva).

2. DIFERENTES CONCEPCIONES DE LA CULTURA

a. La cultura como adquisición de un conjunto de saberes y como resultado de dicha adquisición.

Este es el uso corriente que suele darse al término. La palabra «cultura» se identifica —según esta concepción— con el refinamiento intelectual o artístico, entendido éste como conjunto de saberes y conocimientos eruditos acerca de ciertas «cosas superiores» como la filosofía, la literatura, la música clásica, el arte, la pintura, el teatro, la historia, la geografía, la mitología o el dominio particular de una ciencia o de un arte.

Dentro de esta concepción, la palabra cultura sirve también para designar cualidades subjetivas de la persona «cultivada»: culto es

aquel que, por medio del estudio, ha desarrollado sus capacidades intelectuales, ha adquirido una serie de conocimientos. En este caso «tener cultura», «ser culto» es equivalente a disponer de muchos datos y conocimientos sobre saberes libresco; consecuentemente, a mayor grado de instrucción, mayor cultura. Culto es, también, el que produce obras culturales, entendidas con el alcance antes indicado.

Aquí, la palabra cultura denomina determinadas manifestaciones particulares del espíritu humano en cuanto que designa una serie de saberes ya indicados antes.

Así pues, según esta concepción la cultura se entiende como:

- contenidos a adquirir,
- resultados de la adquisición

Desde esta perspectiva el concepto de cultura resulta restringido y selectivo ya que excluye a grandes sectores de la población. Es evidente que el alcance que se da a la palabra expresa una concepción elitista. Sirve además, en muchos casos, para ocultar la infelicidad de aquellos que, aunque repitan como papagayos los nombres de todos los dioses de la mitología, las diferentes corrientes en el arte o los clásicos de la música, la literatura o la filosofía, nada saben «hacer», nada «producen» y nada «transforman».

b. La cultura como estilo de ser, de hacer y de pensar y como conjunto de obras e instituciones.

Otra concepción de cultura es la que se desarrolla a partir de la noción antropológica, que surge especialmente en el mundo anglosajón(*). La cultura comprende aquí el conjunto de rasgos que caracteriza las distintas formas de vida, a través de una serie de objetos y modos de actuar y de pensar que son creados y transmitidos por los

(*) Respecto de la llamada concepción antropológica de cultura quisiera destacar un hecho que, de algún modo, puede parecer contradictorio. El término «cultura», con este alcance, comenzó a utilizarse inicialmente en la antropología social y cultural anglo-sajona; pasó luego a la sociología dentro de ese mismo ámbito geográfico, aunque a los pocos años tuvo una aceptación mucho más universal.

Ya sea en una u otra disciplina (antropología o sociología), el concepto se utilizó, casi sin excepción, dentro de un marco teórico referencial funcionalista. Ahora bien, esta concepción científica es modernizante pero conservadora: cuando plantea los cambios, éstos siempre son concebidos como cambios intrasistémicos.

hombres como resultado de sus interacciones recíprocas y de sus relaciones con la naturaleza por medio del trabajo. Esto se revela tanto en manifestaciones que se dan en el plano intelectual como en el material. Así, se considera cultura una reja de arado, un automóvil, el modo de usar el pañuelo, las reglas del fútbol, el sistema electoral, el modo de vestirse o de peinarse, la forma de criar los niños, los ritos funerarios, la utilización del sistema decimal, la ópera «Carmen» o una nave espacial; igualmente, son cultura las herramientas y maquinarias, los sistemas filosóficos y científicos, como también las reglas de conducta, modos, usos, hábitos e instituciones. Para decirlo en breve: el término engloba la totalidad del mundo artificial que el hombre ha construido sobre el mundo de la naturaleza. La gran amplitud que abarca este modo de entender la cultura, la transforma, en alguna medida, en un concepto ilimitado y de difícil aprehensión.

Así entendida la cultura, toda persona es más o menos culta y toda persona es productora de cultura, aunque lo sea de manera muy dispar y diversa. Según esta concepción —que se desarrolla a partir de la noción antropológica— cultura es lo que el pueblo cultiva, es decir, lo que realiza en su vida cotidiana, real y concreta, expresando un estilo de ser, de hacer y de pensar que ha adquirido a través de la historia. Todo esto lleva a que los miembros de una sociedad actúen con un estilo determinado y a que este modo de actuar se vaya transmitiendo de una generación a otra.

c. La cultura como creación de un destino personal y colectivo.

En la concepción precedente, la cultura es estilo de vida; pero el estilo de vida adquirido y conservado es un modo de ser que se apoya en el pasado. Nada objetamos a esto, no obstante, si nos quedáramos ahí, el concepto resultaría insuficiente, puesto que lo cultural sólo expresaría una tendencia a la adaptación, al equilibrio estático. Representa, pues, esta noción, un riesgo real de estancamiento porque instala, sitúa en lo ya logrado, al tiempo que corre el peligro de legitimar el *statu quo*.

Hay que apoyarse en el pasado, pero sobre todo hay que construir el futuro; de ahí la concepción de la cultura como creación de un destino personal y colectivo. La cultura, de este modo entendida,

expresa las vicisitudes de los hombres y de los pueblos que construyen su futuro.

Una cultura subsiste cuando, sin perder el sentido del pasado, actualizado en tradiciones vivas y en pleno desarrollo, es capaz de cambiar y de mantenerse en movimiento hacia adelante, de estar ligada al futuro. Como persona o como pueblo, uno sólo se liga al futuro cuando tiene esperanzas e ilusiones y se quiere influir en lo por-venir mediante creaciones nuevas enraizadas en lo que se ha sido y lo que se está siendo.

En efecto, el futuro se hace marchando hacia él y abarcando en la tarea de su construcción la totalidad de las actividades humanas. Varsavsky lo denominó el «estilo creativo», Garaudy lo llama un «humanismo abierto». Esto significa «elaborar una cultura que ya no esté hecha sólo de respuestas provenientes del pasado, sino de interrogantes que plantea la invención del futuro, una cultura que ya no es un ornato de unos pocos, sino la posibilidad del desarrollo humano de todos; una cultura que no encierra al hombre en sí mismo, sino que lo abre a una creación sin fin del futuro por la emergencia poética y profética de lo que hay de divino en el hombre»... esto significa «crear, a partir de las iniciativas de la base, y a todos los niveles de la economía, de la política, de la cultura, comunidades responsables que tomen a su cargo su propia vida para redefinir los fines humanos de cada actividad social y sus métodos de organización y de gestión» (1).

A partir de esta concepción, el «ser culto» se ha de expresar, en la capacidad de vivir creativamente la propia existencia y en la capacidad de inventar el futuro. El baremo de «lo culto» no debe medirse desde esta perspectiva por los saberes acumulados o por la asunción de un determinado estilo de vida, sino por la forma en que se utiliza y proyecta todo ello —saberes y modos de vida— en la construcción del futuro.

Si tuviésemos que distinguir en pocas palabras las tres concepciones de cultura, podríamos denominar a la primera «cultura cultivada», a la segunda «cultura cultural» y a la última «cultura constructiva». En el esquema siguiente resumimos sus principales características:

CULTURA COMO REFINAMIENTO INTELECTUAL	CULTURA COMO ESTILO DE VIDA ADQUIRIDO	CULTURA COMO CREACION DE UN DESTINO PERSONAL Y COLECTIVO
Patrimonio de privilegiados.	Patrimonio que todos han heredado.	Patrimonio que todos van creando.
Poseción individual de saberes.	Poseción individual y colectiva de rasgos que caracterizan los modos de vida.	Poseción individual y colectiva de lo que se ha sido y de lo que se va siendo.
Datos y conocimientos sobre saberes herbescos.	Formas de ser, hábitos y maneras de pensar heredadas.	Formas de ser, hábitos y maneras de pensar proyectados hacia el futuro.
Resultados o productos de los saberes.	Obras e instituciones que se han ido realizando.	Invencción del futuro.
Cultura como ornato.	Cultura como respuesta prove-niente del pasado.	Cultura abierta a la creación del futuro.
CULTURA CULTIVADA	CULTURA CULTURAL	CULTURA CONSTRUCTIVA
* los conocimientos	* el pasado	* el proyecto de futuro que hay que crear.
* la creación artística	* la herencia social	* creación de nuevos modos de ser en el mundo.
Se apoya en	Adaptación inconsciente	Anticipación consciente
Aprendizaje ilustrado		

3. DIFERENTES SENTIDOS DE LA PALABRA CULTURA

Quedaría incompleto nuestro análisis, o mejor dicho, nuestra aproximación al problema de la cultura si, además de las diferentes concepciones de la cultura, no presentáramos también una explicación, aunque sea somera, de los diferentes sentidos con que se usa la palabra. Si nos atenemos al alcance que se le da al término, en general nos encontramos con cinco sentidos diferentes:

a. **Sentido artístico:** en este caso, con la palabra cultura se designan determinadas manifestaciones particulares del espíritu humano: filosofía, música, teatro, literatura, escultura, pintura, etc.

Frente a la cultura así entendida, o se tiene una posición **activa**, se es **productor** (por lo general profesionalizado), o se tiene una posición **pasiva**, se es **consumidor** (receptor cultural).

b. **Sentido humanista:** la cultura se entiende como un modo de perfeccionamiento del individuo, una suerte de concepción de la vida o del mundo que permite el diseño de una personalidad humana plena por medio de un desarrollo armónico y completo de la persona, ya sea por el ejercicio de las facultades intelectuales como por el buen gusto, la sensibilidad y la delicadeza.

c. **Sentido social y cívico:** aquí, ser culto es tener sentido de la responsabilidad cívica: es un saber vivir no tanto en el plano personal, como en el ámbito ciudadano. En este caso, la cultura aparece como un elemento de elevación de la vida cívica.

d. **Sentido político:** se hace referencia a la cultura política en cuanto capacidad de comprender y de conocer la vida política o bien como el conjunto de actividades o comportamientos que favorecen y permiten la convivencia política.

e. **Sentido antropológico:** en este caso, la palabra cultura tiene un sentido amplísimo: engloba todo lo que el hombre ha añadido a la naturaleza: modos de vida, modelos de pensamiento y acción, técnicas, objetos materiales, arte, etc., en suma, la totalidad de formas de ser, de pensar y de actuar, de producir y de consumir, el arte y la manera de vivir.

Es evidente que los diversos sentidos que se dan a la palabra están ligados de algún modo a la concepción que se tiene de la cultura, pero no de una manera total.

4. FORMAS Y NIVELES EN QUE SE EXPRESA LA CULTURA

Si tenemos en cuenta las diferentes conceptualizaciones que se hacen en torno a las formas de concebir la cultura, lo primero que resulta evidente es la existencia de una serie de clasificaciones binarias: cultura de élite y cultura de masas, cultura popular y cultura del pueblo, cultura hegemónica y culturas subalternas, cultura y contra cultura, cultura y anti-cultura, cultura museal y cultura viva, culturas eruditas y culturas no eruditas, etc. Estas clasificaciones binarias o bipartitas, como todas las clasificaciones de esta índole, tienen su utilidad siempre que se tenga en cuenta que existe, entre los dos polos de clasificación, una vasta gama de situaciones intermedias y de entrecruzamientos.

Por otra parte, al margen de la mayor o menor validez que pueda tener el uso de criterios dicotómicos de clasificación y de los juicios de valor (explícitos o implícitos) que se encuentran en estas clasificaciones, cabe señalar que ninguna de ellas da cuenta de manera total del hecho cultural. Sin embargo, esta variedad de modos de clasificar nos ayuda a una mejor aproximación al problema de la cultura. Para englobar estas diferentes clasificaciones, las llamaremos: formas de la cultura. Para englobar estas diferentes clasificaciones, las llamaremos: formas o niveles en que se expresa la cultura. He aquí las clasificaciones que nos parecen más importantes y más útiles para la comprensión que del hecho cultural debe tener un animador socio-cultural.

Cultura de élite

La expresión es clara: se hace referencia a la cultura de la élite. La cuestión no es tan evidente cuando uno se pregunta y trata de responder a la cuestión; ¿qué, quién o quiénes constituyen la élite?: ¿los que mantienen una posición elevada en una sociedad dada?, ¿los que ocupan puestos importantes?, ¿los que tienen poder y prestigio?, ¿lo que es mejor y más perfecto?...

El sentido usual de la palabra élite sirve para designar lo mejor, lo más distinguido y sobresaliente en cualquier actividad o clase social: los individuos mejores o más notables.

A partir de los trabajos de Wilfredo Pareto (segunda década de nuestro siglo), el término se ha utilizado para designar «lo eminente», reemplazando al sentido de «lo escogido» que había tenido hasta entonces. Aplicado y utilizado por otros sociólogos (Mosca, Mitchells, Laswell, Mills, Imaz, Lipset, Solari, etc.), el término sugiere distintos significados, pero puede decirse que, en todos ellos, generalmente, hay acuerdo en designar como élite el grupo de personas que están en los puestos más altos en el gobierno, la política, la economía, las fuerzas armadas, la religión, la cultura, la educación, las organizaciones populares y las profesiones. De ahí que puedan distinguirse: élites gobernantes, élites políticas, élites de la riqueza, élites económicas, élites del saber, élites religiosas, élites culturales, etc., utilizándose la denominación con relación a diferentes valores o ámbitos de actuación.

Cuando se habla de «cultura de élite», se hace referencia preferentemente a la cultura producida por la élite cultural, y recibida por ella misma, aunque no de manera exclusiva.

Cultura de masas

Expresión equívoca y ambigua que, en el lenguaje corriente, hace referencia a los productos de la industria cultural consumidos por la generalidad de la gente (pertenezcan a la élite cultural o no). En otros casos, designa el tipo de comportamiento social, manera de vivir y de pensar producidos por los «mass-media», especialmente la televisión, cine, radio, revistas ilustradas y la publicidad.

Dentro de la literatura sociológica, usado el término en sentido más estricto, la expresión sirve para designar a un sub-sistema cultural que se da en todas las sociedades de estructura industrial, al margen del sistema predominante. Se trata pues, visto desde esta perspectiva, de un fenómeno de comunicación propio de la civilización industrial; su nota característica es la transmisión realizada con medios técnicos de un mensaje destinado a cubrir un público masivo, desde un emisor no claramente identificable. Este tipo de cul-

tura se considera alternativamente como apocalíptica (vulgariza y degrada la cultura) y como epifánica (sienta las bases para la elevación cultural colectiva de las masas).

Para algunos —los llamaremos los **detractores**(*)— la cultura de masas es una simple transmisión degradada de la auténtica cultura, ya sea porque está condicionada a intereses comerciales o bien porque baja el nivel cultural medio para poder hacer una oferta que sea aceptada por millones de personas. Se trata de una forma de cultura unidimensional, alienante y manipuladora, que degrada la cultura creada a nivel superior, produce homogeneización cultural, crea ilusiones de saber, no estimula a la reflexión crítica, embota la conciencia mediante la satisfacción espúrea de necesidades, amodorra a los grupos sociales dominados, a quienes la sensación de vivir en una sociedad de masas les hace perder la conciencia de vivir en una sociedad de clases.

Otros, en cambio, —los llamaremos los **defensores**(*)— consideran positivos los frutos o consecuencias de haberse difundido una cultura de masas: ella ha permitido el acceso de grandes sectores de la población al acervo cultural de la humanidad, aunque este acceso suponga frecuentemente una forma de vulgarización cultural y científica. Según esta corriente de pensamiento, la mayor nivelación de la cultura media de las masas ha facilitado la difusión de conocimientos e informaciones que, si bien son fragmentarios y acrílicos, preparan el terreno para una mayor elevación cultural.

Ambos aspectos —que para nosotros constituyen parte de la realidad de la sociedad actual— hay que asumirlos (en el sentido de tenerlos en cuenta) dentro de los programas de animación sociocultural. ¿Por qué?... aquí hay un hecho ineludible: las tareas de animación se realizan dentro de un tejido social impregnado y penetrado por la cultura de masas y condicionado por esta circunstancia.

(*) Dentro de la corriente crítica podemos señalar los siguientes autores principales: Adorno, Marcuse, Horkheimer, Fromm, Elliot, Ortega y Gasset, Leavis, Mac Donald, Bramson, Arend; hay que advertir que entre estos autores las críticas se hacen desde perspectivas muy diferentes.

Entre los que destacan los aspectos positivos mencionamos a Bell, Shils, McLuhan, Sades, Friedman.

Ni euforia, ni actitud plañidera frente al hecho de la cultura de masas: sencillamente es un dato más del problema.

Cultura popular y cultura del pueblo

En sentido lato, cultura popular es la cultura del pueblo. Pero los diferentes sentidos con que se emplea, y en otros casos la vaguedad e imprecisión de los conceptos «cultura», «pueblo» y «popular», acrecientan la dificultad de saber a qué se está haciendo referencia cuando hablamos de cultura popular. La expresión es ambigua, y cuando se utiliza se hace con diferentes alcances: en algún caso queremos decir cultura *del* pueblo, en otros cultura *para* el pueblo y a veces cultura *por* el pueblo.

Dumazedier (2), por su parte, clasifica las diferentes definiciones de cultura popular en tres grandes categorías:

- aquellas que consideran la cultura popular como una cultura de carácter universal destinada a todos y que no debe ser el patrimonio de una clase dominante.
- aquellas que consideran la cultura popular como la cultura adaptada al nivel de los medios populares.
- aquellas que consideran la cultura popular como una cultura a promover en los medios más desfavorecidos (emigrantes, sub-proletarios, etc.).

A la vista de lo que llevamos dicho, y de la clasificación precedente, resulta evidente que la expresión «cultura popular» tiene alcances diferentes. La noción que aquí propongo —soy consciente de sus aspectos discutibles y de sus limitaciones— supone una toma de posición con relación a esta problemática: comenzamos por diferenciar —y en esto seguimos a Oscar Jara— entre la cultura popular y la cultura del pueblo. No toda cultura del pueblo es cultura popular. La **cultura del pueblo** se expresa en «todos aquellos valores, normas de comportamiento, ideas, creencias, costumbres, expresiones artísticas, etc., que están presentes en la conciencia del pueblo y son expresados por él». La **cultura popular**, en cambio, representa a aquellos «fenómenos culturales que han surgido de la propia realidad del pueblo, que le corresponden directamente, que tienen su carácter de clase, que expresan sus intereses de clase».

Para Jara la «cultura del pueblo» es expresión de dominación y la «cultura popular» expresión de resistencia y ofensiva. Quizás sea necesario matizar la primera afirmación ya que no toda expresión de la conciencia espontánea es siempre manifestación de dominación. El mismo autor lo reconoce en otro pasaje cuando afirma que en la «cultura del pueblo» están presentes, tanto manifestaciones auténticas de la cultura popular como expresiones de la cultura anti-popular que la dominación cultural ha impuesto al pueblo (todas las ideas y valores ajenos al pueblo pero que éste ha asumido espontáneamente como propios: el machismo, el individualismo, el fatalismo, el arribismo, etc.).».

«La cultura popular» —seguimos citando a Jara— deformada unas veces, ocultada otras, arrinconada en ciertas ocasiones y explícita algunas veces, ha sido siempre un factor de resistencia popular ante la dominación política y económica» (3).

La cultura que el pueblo vive en lo cotidiano está condicionada y penetrada por la cultura de la clase dominante, que dispone de medios institucionalizados para bombardear permanentemente con sus valores y significados la cultura del pueblo. Con esto queremos indicar que la dominación cultural, en cuanto imposición (de manera expresa o clandestina) de valores culturales ajenos a los propios intereses o maneras de ser, se da también a través de la cultura del pueblo. Esta no siempre expresa la cultura popular o, dicho de otro modo, en la cultura del pueblo la cultura popular sólo se expresa parcialmente. Así pues, dentro de la llamada cultura del pueblo se hace necesaria una diferenciación de los valores e intereses que se expresan en su interior. De ahí la distinción que utilizamos entre cultura del pueblo y cultura popular, siendo el primero un concepto más general y englobante.

Decir que no toda cultura del pueblo es cultura popular no es un juego de palabras, sino expresión de una situación real desde la cual debemos partir. Una imagen idealizada de «lo popular» como lo incontaminado, lo puro y lo verdadero sólo da lugar a planteamientos populacheros. El rasgo típico de este tipo de formulación es la admisión de que nada de lo que viene o es del pueblo —por ser tal— tiene valores extraños a la realización e intereses del pueblo. También estos populismos sirven para introducir en la vida cotidiana,

bajo ropaje o so pretexto de lo popular, valores propios del sistema que mantiene al pueblo en una situación de subordinación o dominación.

Todo lo anterior acarrea varias consecuencias dignas de consideración para los programas de animación socio-cultural. Aquí también, como decíamos al hacer referencia a la cultura de masas, tenemos que partir de esta situación: la cultura representa la forma de actuar, de pensar y de ser de un pueblo, pero la cultura del pueblo sufre diferentes formas de invasión cultural que tienden a configurar al hombre colonizado culturalmente. Y el hombre colonizado es el que repite, piensa y hace lo que el colonizador dice, piensa y hace.

Esta evidencia dista mucho de ser reconocida por todos los que trabajan en animación socio-cultural. La incapacidad o insuficiencia para apreciar la verdadera dimensión de la dominación cultural lleva a la «idealización populista» antes mencionada. La metodología de la animación socio-cultural (como explicaremos más adelante) no sólo trata de desmontar los mecanismos de dominación ideológica y cultural, sino de promover una cultura que nazca del pueblo, que se encuentre con su realidad y cree formas para responder a los problemas que enfrenta en esa realidad.

Cultura hegemónica y culturas subalternas

Relacionado en ciertos aspectos con los problemas que tiene en cuenta la clasificación anterior, está el hecho de que algunos autores distinguen entre cultura hegemónica y culturas subalternas. Cabe aclarar que esta distinción deriva de una de las más importantes aportaciones de Antonio Gramsci, cuando habla de desniveles culturales y hegemonía. Para este autor, a la diversidad de la condición social corresponde una diversidad cultural que se manifiesta en la desigual participación de los diversos sectores sociales, tanto en la producción como en el goce y disponibilidad de los bienes culturales. Esta desigualdad configura una situación de oposición entre la «cultura hegemónica» y las «culturas subalternas» (o de clases y grupos subordinados dentro de una sociedad determinada). «En las sociedades llamadas superiores, dice Gramsci, las distinciones, separaciones, estratificaciones y oposiciones sociales entre clases o

estratos dotados de diverso poder político-económico, encuentran una equivalencia general en ciertas distinciones, separaciones, estratificaciones y oposiciones culturales»(4).

Se trata, pues, de una clasificación que tiene en cuenta posiciones de dominación y dependencia en relación con «lo cultural»: la cultura de las clases dominantes, es la cultura dominante, pero coexiste, en una totalidad mayor, con las manifestaciones culturales de las clases dominadas, que se expresan como formas de cultura subalternas.

Cada una de ella —como diría Gramsci— expresa una «concepción del mundo y de la vida» que conlleva o conduce a una conexión formal de oposición entre los hechos culturales y los grupos sociales. No hay sólo una diferente apropiación de la cultura, también existe oposición.

En cuanto a las formas de oposición de la cultura subalterna, nos parece útil reproducir las consideraciones que hace Satriani (5) sobre los niveles de impugnación:

- de impugnación inmediata con rebelión, explícita o implícita, frente al statu quo.
- de impugnación inmediata con aceptación, explícita o implícita, del statu quo.
- de impugnación implícita o por posición
- de aceptación de la cultura hegemónica, dentro de la cual se puede distinguir tres categorías:
 - productos de la cultura hegemónica, compartidos por la cultura popular.
 - productos de la cultura hegemónica que han pasado paulatinamente a la cultura popular.
 - productos de la cultura hegemónica elaborados por ella para la cultura subalterna e impuestos a ésta.

No se requiere mucha perspicacia para comprender, desde la práctica de la animación socio-cultural, la importancia que reviste considerar el hecho cultural desde esta reciprocidad de perspectivas: la cultura hegemónica y las culturas subalternas. Esto nos da luces a

fin de hacer una opción más clara en lo referente al «para qué» de la animación.

Contra-Cultura

Más que como una formulación teórica, la contra-cultura, llamada también cultura «underground» o cultura alternativa, se expresa fundamentalmente como una forma de vivir —como un estilo cultural, podríamos decir— que rechaza y sub-vierte los valores establecidos.

Lo contra-cultural es —o pretende ser— en esencia una inversión de los valores clave de la sociedad en que se da. Es la rebeldía de los hijos de la tecno-estructura que no quieren ser instrumentalizados por el «complejo industrial-militar», es el rechazo a morir de aburrimiento en la abundancia de la sociedad de consumo. De ahí que pueda afirmarse que la contra-cultura es un fenómeno íntimamente relacionado con la sociedad post-industrial.

Para Roszak (6), la contra-cultura es un episodio de la historia de la conciencia que se desenvuelve sobre dos planos: ante todo, es un impulso casi instintivo que rechaza la política tecnocrática y el modo científico de toma de conciencia, por el cual la tecnocracia se esfuerza en legitimar su potencia; después, también es la búsqueda, desesperada y gozosa, de un nuevo principio de realidad que pueda reemplazar la autoridad declinante de la ciencia y de las necesidades impuestas por la industria. Busca transformar el más íntimo sentido de nosotros mismos, de los otros y de todo lo que nos rodea. Es la apertura a un estilo dionisiaco y vitalista, frente a la etapa pasada marcadamente apolínea o racionalista.

Por su parte, Reich (7) ha descrito lo contra-cultural como una inversión de los valores claves de la sociedad por la que se detesta el pensamiento analítico, la ciencia y la tecnología, al menos tal como se presenta en el régimen económico y en la organización actual. La contra-cultura es una recuperación del pensamiento mágico y la reunificación-retotalización no sólo del cuerpo y del espíritu, sino de la humanidad, el mundo y el cosmos. El movimiento contra-cultural detesta la competición, la jerarquía, la dicotomía entre buenos y malos; los tabiques y muros entre individuos, clases,

países y razas; los roles fragmentarios; ama el igualitarismo, la tolerancia, el compromiso con roles completos, la ruptura de barreras. También detesta el anonimato, la irresponsabilidad (la aceptación de decisiones tomadas por otros), la violencia de imponer a otros la propia voluntad. En suma: no sólo se trata de una crítica radical a la sociedad post-industrial, sino una propuesta de valores diferentes y contrapuestos a los que tienen vigencia en dicha sociedad.

5. CULTURA POPULAR Y CULTURA NACIONAL: EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD CULTURAL

La cultura, que no es algo separado de la conciencia de la identidad colectiva, se considera probablemente, ante todo y sobre todo, como factor que contribuye a un más fuerte sentido del ser nacional; pero la búsqueda de la identidad cultural va unida en todos los casos a una buena disposición para recibir las otras culturas de la región y del mundo y, en último término, todo lo que es universalmente humano, lo cual excluye el aislacionismo cultural e implica la repulsa de las afirmaciones chauvinistas de un nacionalismo excluyente.

Amadou-Mahtar M'Bow

He aquí tres conceptos inseparables: cada uno de ellos adquiere su pleno significado en relación con los otros.

Si la cultura popular es la manifestación de las aspiraciones que como proyecto tiene un pueblo-nación, es además expresión de la cultura nacional. Pero la cultura nacional es lo que da identidad cultural a un pueblo. De este modo, podemos decir que la problemática de la cultura popular es inseparable de la problemática de la identidad cultural; sin memoria histórica, un pueblo no puede encontrar su propia identidad. La cultura popular tiene sus raíces históricas en el principio de la propia identidad, que se ratifica y repliega, permanentemente fiel a sí misma, en un proceso de movimiento y desarrollo que deja abierto un espacio a la creatividad colectiva.

Dentro del proceso de cambio socio-cultural que se da en todo pueblo, aunque con ritmos y aspectos diferentes, hay algo que per-

manece dando continuidad a su propia identidad: esto es lo que se llama **personalidad cultural** de un pueblo.

El problema de la identidad cultural

La afirmación de la identidad cultural es la realización de un acto liberador, un arma de combate al servicio de la independencia efectiva y el instrumento privilegiado del pleno desarrollo de los individuos y del progreso armonioso de las sociedades. Constituye además la condición básica para la creación de un nuevo orden mundial, basado en el derecho imprescriptible de los pueblos a disponer de sí mismos y el reconocimiento de la igualdad absoluta y la dignidad de todas las culturas.

Amadou-Mahtar M'Bow

Si planteamos de una manera explícita el problema de la identidad cultural, teniendo en cuenta los objetivos de este libro, es porque consideramos que la identidad cultural es, precisamente, una de las cuestiones centrales con las que se liga la animación socio-cultural. Dicho de otro modo: la animación socio-cultural tiene un sentido, en cuanto pedagogía social, en la medida en que fomenta y alienta la participación cultural, al mismo tiempo que preserva y afirma la propia identidad cultural, aun cuando incorpore otros elementos culturales. La identidad cultural —nos dice el Director General de la UNESCO— «parece plantearse hoy como uno de los principios motores de la historia; lejos de coincidir con un repliegue sobre un acervo inmóvil y cerrado en sí mismo, esa identidad es un factor de síntesis viva y original perpetuamente recomenzada. De este modo, representa cada vez más la condición misma del progreso de los individuos, los grupos, las naciones, pues es ella quien anima y sostiene la voluntad colectiva, suscita la movilización de los recursos interiores para la acción y transforma el cambio necesario en una adaptación creadora» (8).

En la configuración de la identidad cultural de un pueblo se integran cuatro factores principales:

- histórico: la memoria o conciencia histórica
- lingüístico: la lengua como seña de identidad
- político: mediante el ejercicio de la autonomía o soberanía política.

- psicológico: la forma de compartir ciertos rasgos psicológicos en común que configuran la personalidad básica o carácter social.

El factor histórico: la memoria o conciencia histórica

Para el antropólogo senegalés Anta Diop, «la conciencia histórica es el baluarte más sólido que un pueblo puede erigir contra todas las formas de agresión exterior, ya sean culturales o de otro tipo. De ahí que en los contactos entre civilización —por ejemplo, en un proceso de colonización— los colonizadores se esfuerzan por debilitar, cuando no destruir, la conciencia histórica del pueblo colonizado (9)». La dependencia mutua entre la memoria y conciencia histórica y la identidad cultural es profunda y esencial que una solamente se entiende y se explica por la otra. Todo pueblo, cuando tiene memoria o conciencia histórica, se afirma en la idea de pertenencia común. Cuando esta memoria se diluye, también se esfuma de algún modo su propia identidad cultural.

En relación a este problema la animación socio-cultural también tiene su tarea en la recuperación de la memoria histórica. No es su objetivo específico, pero lo propio de su labor no puede ser realizado si no contribuye a afirmar la conciencia de pertenencia, de una manera especial cuando realiza tareas de difusión cultural (haciendo que lo museal se haga vivo y actual) y cuando promueve actividades de creación artística no profesional.

Factor lingüístico: la lengua como seña de identidad

La salvaguarda de la identidad cultural pasa también por la defensa de la propia lengua y, al interior de un país, por la defensa de las lenguas minoritarias y su inclusión en los sistemas educativos. «Sin una lengua propia es difícil concebir el desarrollo de una identidad nacional. El idioma es el componente esencial de la cultura nacional y un medio para su desarrollo. Todo idioma constituye un fenómeno único, resultado de la creación genial de un pueblo. Con la desaparición de un idioma se pierde algo valiosísimo. Por ello es indispensable cuidar los que se han conservado hasta nuestros días, porque constituyen un patrimonio de toda la humanidad (10)».

La lengua no es solamente un sistema de signos útiles para comunicarnos, sino que también constituye una red donde están preservadas las formas más entrañables de vida y pensamiento de cada comunidad cultural individualizada.

Manuel Sanchis Guarner

El factor político

Cae por su propio peso el hecho de que, desde el momento en que un pueblo o nación está sometido políticamente, su identidad cultural, como consecuencia de la agresión política, sufre necesariamente alguna forma de deterioro. Cuando existe dominación política, la relación siempre es asimétrica: el grupo más fuerte política y económicamente impone de hecho su cultura. Esto no se da necesariamente de manera agresiva o impositiva, sino simplemente como resultado de fenómenos de aculturación y transculturación.

Sin embargo, no sólo hay que considerar el factor político (como factor de la identidad cultural) bajo el prisma de la autonomía o soberanía política de un pueblo, sino también desde la perspectiva de la clase en el poder. Recordemos aquí la distinción entre cultura hegemónica y culturas subalternas: la cultura hegemónica (la de la clase dominante) puede ser una forma de enajenación cultural, o lo que es lo mismo, de pérdida de la identidad cultural, significando, por otra parte, la penetración de valores y patrones culturales ajenos a los propios intereses del pueblo.

Es por todo ello que lo político, como factor de identidad cultural, debe considerarse bajo esa doble dimensión externa e interna: desculturación por agresión exterior, cuando un Estado pierde su plena capacidad para obrar, estando sujeto —en mayor o menor medida— a la voluntad de otro Estado extranjero; y pérdida de la identidad cultural por la transmisión de valores, por parte de la clase dominante, que están en contradicción con los intereses del pueblo. Como ha señalado Daniel Camacho, en los países subdesarrollados existen dos corrientes culturales en constante lucha: «una que proviene del extranjero y es adaptada y transmitida por las clases dominantes. Otra que proviene del interior y tiene su origen en las tradiciones del país» (11).

El factor psicológico

Este es un factor más radical y al mismo tiempo más inasible; «supone, en el seno mismo de la diversidad, cierta permanencia de las estructuras psíquicas. Para analizar ese factor a fondo habría que estudiar ante todo lo que podríamos llamar las constantes culturales. ¿Cuáles son los rasgos permanentes de la naturaleza psíquica del africano, del europeo, del asiático, y cuáles los que cambian en función de las condiciones de vida? Lejos de defender la concepción de una naturaleza humana inmutable, petrificada desde el comienzo, se trata de aprehender, a través de los cambios incesantes, el «referente» humano que sigue siendo, si no idéntico a sí mismo, por lo menos reconocible en el curso de los tiempos» (12).

Este factor podría denominarse **carácter social**, o sea, «aquella parte del carácter que comparten los grupos sociales significativos» y que «constituye el producto de experiencia de esos grupos» (Riesman). O bien, como explicaría Fromm, se trata del «núcleo de la estructura de carácter compartido por la mayoría de los individuos de una misma cultura», que es el resultado de una combinación de la esfera psíquica del individuo y la estructura socio-económica.

Otros (Kardiner, Linton, Dufrenne) lo denominarían **personalidad básica**, concepto con el que se designa el conjunto de rasgos que, como consecuencia de las influencias recíprocas entre cultura y personalidad, la sociedad tiende a imprimir en la mayoría de sus miembros, como resultado de las primeras experiencias que tuvieron en común.

En suma: llámese carácter social, personalidad básica o cualquier otra denominación, la identidad cultural tiene, como uno de sus factores decisivos, el «referente humano» (considerado como conjunto de estructuras psíquicas), que hace que uno sea lo que es en cuanto persona que nace y crece en una realidad espacial y temporal concreta.

6. CULTURA POPULAR Y FOLKLORE

Cultura popular y folklore són dos conceptos estrechamente ligados, al punto que a veces se confunden o se utilizan como equiva-